

La prisa por morir del presidente de la República

EDUARDO MORA

Que Miguel A. Rodríguez haya convertido el concepto *crecimiento* en eje de su discurso de asunción de la presidencia -el 8 de mayo-, y que haya puesto tanta emoción en su uso, hace creer que desconoce que el crecimiento de la industria -y secundariamente de la población- es lo que tiene a los ecosistemas del planeta al borde del colapso. Es la lógica del crecimiento lo que está en la base de la crisis ambiental que a todo el mundo acongoja.

Capital industrial y población crecen exponencialmente porque ambos son motores de sí mismos, ambos producen los medios para seguir creciendo, multiplicándose. La industria produce máquinas y equipos que producirán más máquinas y equipos, y que estimularán y sostendrán el crecimiento de la producción agrícola y de servicios. La población humana produce hijos que producirán más hijos, los cuales potenciarán el consumo. El freno de la industria es, casi únicamente, la incapacidad de realizar en el mercado las mercancías que produce; y el freno de la población es la indisponibilidad de medios de vida, las pestes y la violencia; últimamente, es cierto, son desestímulo de la procreación las mismas condiciones de vida en la sociedad industrial.

Es al crecimiento del capital industrial al que Rodríguez se refiere con deseo, haciendo caso omiso de que de ese crecimiento depende tanto el aumento de la contaminación como el de la extracción de recursos naturales de los ecosistemas (contaminación y extracción de recursos no se mueven a sí mismos). Pareciendo ignorar que los campos de cultivo se han expandido y ha

aumentado la intensidad de la explotación del suelo por el acicate y los requerimientos del crecimiento industrial -y subordinadamente del poblacional-. La sociedad humana, por mor de su crecimiento exponencial, ha sobrepasado en las últimas décadas los límites naturales de los ecosistemas; ha ido más allá de la capacidad de reequilibrio de ellos.

Se trata de una interrelación de elementos, potenciándose recíprocamente, fácil de comprender. Un esquema sencillo de manejar que, por ello mismo, socava el respeto hacia el discurso de un político que donde dice ver la solución de los problemas sociales es en la simplota lógica del crecimiento. Un discurso elaborado antes de los años setenta y leído hoy, que procura conducirnos más aceleradamente a la muerte.

El presidente y su gobierno mejor debieran considerar lo que ya es bien sabido entre ambientalistas con seso: que es sensato -y además tecnológicamente posible- disminuir el uso de recursos naturales en la producción de bienes y servicios; que los grupos sociales que hoy consumen exageradamente (en relación con las extenuadas fuentes de recursos y los saturados sumideros de desechos) debieran abandonar ciertas líneas de consumo y, en general, reducir éste, pudiendo disminuir consecuentemente la producción en ciertos sectores de la economía; que el crecimiento es ya demasiado alto respecto de la maltratada y frágil naturaleza y respecto de las nada ambiciosas demandas de la población desatendida, y que existe ya mucha riqueza producida pero dilapidada y desatinadamente distribuida.